

Yo soy un ignorante solamente,
Y no discuto en esto con el sabio:
El poeta no sabe, pero siente,
Y lo que expresa su sincero labio
Lo dice el corazón, y ese... no miente.

Tú la mano del amigo me tendiste,
En llamarme tu amigo te gloriaste,
Y en mi franca amistad siempre encontraste
Cuanto, siempre prudente, le pediste.
Hoy ya no puedo en cambio á los favores
Que tu afección me prodigaba tanto,
Más que regar tu fosa con mi llanto
Y colocar en ella frescas flores.

EL ASALTO DE GRANAINTEAS

ALBUM
DE LA
PATRIA.

El libro se terminó de imprimir el día 15 de Septiembre de 1937

IMPRESION EN EL
ESTADO LIBRE ASOCIADO

ALFONSO BARRERA

IMPRESOR EN CAROLINA, S. P. I.

47543

EL ASALTO DE GRANADITAS

¿Para ensalzar el nombre del primero,
Del más noble insurgente, yo que valgo?
Para cantar las glorias de un Hidalgo
Fuera preciso el estro de un Homero,

Hoy mil voces le cantan á porfía
Acompañadas de laúdes de oro,
Y en el conjunto del grandioso coro
El timbre de mi voz disonaría
Desviado del patriótico concierto
Voy á entonar una canción aislada,
Cual canta solitario en la alborada
El pájaro perdido en el desierto.
De los egregios tres libertadores.
Los héroes de esta noche memorable,
Yo no sabría hablar, que de ellos hable
La boca de más dignos oradores.

Yo, trovador humilde y resignado
A morir sepultado en el olvido,
De un héroe os hablaré desconocido,
Como yo tan humilde y olvidado.

I Leída en el Teatro de la Reforma la noche del 15
de Septiembre de 1891.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Avda. 1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN

47543

Gritando libertad, allá en Dolores
Quince individuos surgen del curato;
Doce días después, en Guanajuato,
Había veinte mil libertadores.

El Intendente Riaño, en un instante,
A Granaditas convirtió en un fuerte,
Y dispuesto á luchar hasta la muerte,
Al nuevo ejército arrojó su guante.

Era el primer combate que empeñaba
La improvisada hueste independiente;
Pero animada de entusiasmo ardiente,
A la lucha sus armas aprestaba.

¡Mas qué armas, Dios mío! Alguna lanza
Construida con la reja de un arado,
Uno que otro arcabuz desvencijado,
Machetes é instrumentos de labranza.

Para atacar la altiva fortaleza,
Las armas de un efecto más certero
Eran hondas, que el indio y el minero
Manejan con muchísima destreza.

El español en cambio disponía
De pistolas, fusiles y cañones,
Y pertrechos de guerra que á montones
La Alhóndiga en su seno contenía.

El asalto empezó, por sus ventanas
El fuerte improvisado echaba fuego,
Y las balas caían como un riego
De muerte en las columnas mexicanas.

De Mendizábal por la abrupta cuesta
Un arroyo de sangre resbalaba,

Y entre sus rojas ondas avanzaba
La muchedumbre á perecer dispuesta.

Mas del Cerro del Cuarto descendía
Una lluvia de piedras sobre el fuerte
Y á muchos defensores daba muerte,
O fuera de combate los ponía,

El aire pueblan gritos y clamores,
A cada instante una descarga estalla,
Y en medio del fragor de la batalla
Se oye la voz del Cura de Dolores.

El que paz en el templo predicaba.
Ahora grita: "La victoria es cierta,
Andad muchachos, derribad la puerta,"
Pero nadie á intentarlo se arriesgaba.

Era ir á buscar muerte segura:
Y sin embargo un joven dice á Hidalgo:
"Aunque parece que de nada valgo,
Yo lo puedo hacer solo, Señor Cura."

Quién era aquel valiente? Un mexicano,
Un joven de veinte años, un minero
Hijo del bajo pueblo, oscuro obrero
Sin más nombre quizá que el de Mariano.

Sin esperar del jefe la respuesta,
Coloca en su patio aceite y brea,
Los chismes de hacer lumbre y una tea,
Y empieza á deslizarse por la cuesta.

Lo recibe una lluvia de balazos;
Pero el audaz minero no se arredra:
Toma del suelo una aplanada piedra
Y la suspende con entreambos brazos.

Con aquel parapeto movedizo
Avanza hacia la puerta paso á paso,
Y resistiendo él solo, á campo raso,
Las balas que caían cual granizo.

Llega por fin á la anhelada puerta,
Con la brea y aceite unta sus hojas,
Brotó la lumbre, y con sus llamas rojas
Deja la brecha en un instante abierta.

Rota la valla, y ya sin resistencia,
Rugiendo como hirviente catarata,
El sitiador triunfante hierre ó mata
Al que encuentra á su paso, sin clemencia.

A Mariano se debe esa victoria,
Primera del ejército insurgente,
Y su nombre se oculta humildemente
en un rincón obscuro de la historia.

Hoy que la patria trae á la memoria
A los campeones de esa guerra ingente
Que la hiciera de España independiente,
Dándole á un tiempo libertad y gloria;

No dejemos al pueblo en el olvido;
Yo soy hijo del pueblo mexicano,
Y á mi patriota pueblo yo le pido

Un gajo de laurel para Mariano.
¡Viva el obrero intrépido y sufrido!
¡Viva el hijo del pueblo soberano!

VIVA LA FRANCIA

I.

Escondido en el centro del Océano
Hay un peñón, lejano
De las costas de entreambos continentes,
En donde rara vez barcos atracan,
Y con furor atacan
Las olas encrespadas y rugientes.

Suspendido entre el cielo y el abismo,
Se sostiene, lo mismo
Que el nido de industriosa golondrina,
Un pueblo edificado sobre el muro,
Acantilado y duro,
Que el calor de los trópicos calcina.

Hace setentaun años ahora
Que cerca de esta hora
Sobre aquel arrecife se cernía
Una gran tempestad con furia loca,
Y la desnuda roca
Hasta el hondo cimiento conmovía.

1 Leída en la Plaza de Hidalgo, el 5 de Mayo de 1892.

Y en medio del fragor de la tormenta
 Que con furia violenta
 Cuanto había á su paso devastaba,
 En una humilde y reducida estancia
 El coloso de Francia
 En agonía lenta se agitaba.

Su secretario y cuatro generales,
 Unicos hombres leales
 A Bonaparte hasta el postrer momento,
 Lloraban junto al lecho. El héroe dijo:
 ¡Mi Dios... Francia... mi hijo!
 Y se extinguió su postrimer aliento.

Así á merced de la extranjera saña,
 Roída alguna entraña
 Por una enfermedad desconocida,
 El que á la Francia en otro tiempo hiciera
 Dueña de la Europa entera
 Solo, olvidado, terminó su vida.

II.

En el centro de un valle ancho y risueño
 Hay un monte pequeño
 De duras aunque fáciles pendientes,
 Donde pacen tranquilos los ganados,
 Que sin grandes cuidados
 Conducen los pastores indolentes.

Corona el monte antigua fortaleza
 Que invade la maleza
 Por estar hace tiempo abandonada,
 Y desde aquella altura se domina

A la ciudad vecina,
 Casi en la verde falda recostada.

Treinta años hace justamente ahora
 Que cerca de esta hora
 Sobre aquellas murallas se cernían
 Lanzando rayos negros nubarrones,
 Y el trueno los cañones
 Como un eco en el fuerte repetían.

Y en medio del fragor de la tormenta,
 Que con furia violenta
 En derredor del monte rebramaba
 Con la voz del cañón en consonancia;
 La fama de la Francia,
 Su fama de invencible, agonizaba.

Cinco mil hombres daban el asalto:
 Llegaron á lo alto,
 Trepando fácilmente por la falda,
 Creyendo un juego penetrar al fuerte;
 Y sólo halló la muerte
 Todo aquel que no quiso dar la espalda.

Del mexicano ante el audaz denuedo
 Conocieron el miedo,
 Y huyeron, presa de terror profundo,
 Los soldados más hábiles y bravos,
 Los intrépidos suavos,
 Llamados los primeros en el mundo.

III.

En esta negra fecha para Francia,
 La Historia á su arrogancia

Estos reproches en el rostro escupe:
 Hoy mataste sujeta á un cadena
 Tu gloria en Santa Elena
 Y perdiste tu fama en Guadalupe.

Mas la Francia de Luis Décimo Octavo,
 Aquel monarca esclavo
 Del Austriaco, del Ruso y del Prusiano;
 Y la Francia del otro rey artero,
 Napoleón el tercero,
 Que engañó al infeliz Maximiliano;
 Ya no existen. La Francia del presente
 Es libre, independiente,
 Sus errores políticos confiesa,
 Como México es hoy republicana,
 Ahora es nuestra hermana:
 ¡Que viva la República Francesa.!

COLON, CORTES E HIDALGO

La tarde al expirar; en Occidente
 Lanzando el sol reflejos de oro y grana,
 la Mar tranquila, plácida la brisa;
 El velámen henchido por el viento
 Bañando sus extremos en la espuma
 Como bañan sus alas las gaviotas;
 Los tripulantes de los tres navíos
 Rendidos de fatiga descansando,
 Quizá pensando en la mujer querida
 Abandonada en la española playa.

Sólo uno de pie sobre la proa,
 Con la mirada ansiosa y penetrante
 Fija en la línea azul donde parece
 Que se tocan los mares y los cielos,
 Buscaba en el confín del horizonte
 Bellísimos fantasmas que él veía
 Claramente surgir de las espumas
 Como la hermosa Venus citerea.

Era Colón: aquel sublime loco
 Buscaba un mundo incógnito escondido
 Tras de las altas olas del Atlántico.

I Leída en la Plaza de Hidalgo, la tarde del 16 de Septiembre de 1892.

Sus ya desalentados compañeros
 Desesperados de tan largo viaje
 Querían sublevarse, echarlo al agua
 Y volver a poner la proa a Europa;
 Pero escrito en los libros del destino
 Estaba que Castilla nos daría
 Su ley, su religión y su lenguaje;
 Y contuvo Colón a los rebeldes,
 Y siguiendo con rumbo hacia el Ocaso
 En la noche un marino gritó: ¡Tierra!
 Y otro día Colón clavó en la playa
 La victoriosa enseña de Castilla
 Cuatro siglos hará en el mes que viene.

II

La mañana apacible; el sol brotando
 Del seno de las aguas transparentes;
 Once naves ancladas en el puerto
 Dispuestas a surcar el ancho golfo;
 Los hombres como hormigas laboriosas
 Que surten su granero, en las espaldas
 Llevan fardos a bordo y los colocan
 Con orden y firmeza en las bodegas;
 Los marineros van de popa a proa,
 De babor a estribor, ejecutando
 Las órdenes que dan los capitanes
 Con voz serena, reposada y fuerte.

De pie sobre una roca de la playa,
 Con los brazos cruzados sobre el pecho,
 Hay un hombre que mira la maniobra
 Al parecer con ánimo tranquilo;

Sin embargo, de vez en cuando lanza
 Una mirada torva y recelosa
 Hacia el camino que conduce al pueblo,
 Cual si temiera ver llegar a alguno.

Descubre en realidad unos jinetes
 Que a galope tendido se dirigen
 Al lugar donde se halla, y se adelanta
 Con cortés ademán a recibirlos;
 De su montura baja uno de ellos
 Y le entrega un papel, lo lee y exclama:
 “Mi compadre Velazquez se figura
 Que es un juego de niños esto acaso?
 Yo tengo en esos barcos mi fortuna
 Que para armarlos he gastado entera;
 Mal que les pese a él y a su Gobierno,
 Yo voy a conquistar con ellos Gloria
 Renombre y fama para mí, y a España
 La voy a hacer tan grande como el mundo”
 Dijo así Hernán Cortés, entró en su bote,
 Mandó zarpar y la velera flota,
 Dejando estelas de nevada espuma,
 Surcó las olas del revuelto golfo,
 Y muy poco después perdió de vista
 La encantadora playa de Ajaruco.

Porque escrito los libros del destino
 Estaba que Castilla nos daría
 Su ley, su religión y su lenguaje;
 Y cual Colón, en Ghuahananí, en Ulúa
 Clavó Cortés la enseña de Castilla
 Transeurridos no más veintisiete años.

III

La tarde iba a morir, con ella un pueblo,

Daba también el último suspiro:
 La gran Tenochtitlán era un escombro
 Empapado en la sangre generosa
 De los nobles guerreros mexicanos,
 De los ancianos, niños y mujeres;
 Montones de cadáveres hediondos
 Represaban la sangre en las acequias,
 Dando vida a millares de gusanos
 Que contraían su asqueroso cuerpo
 Bañándose en la horrible podredumbre;
 Las lanzas, las rodelas, las macanas,
 Las aljabas, los arcos y las flechas,
 Regadas por doquier hechas pedazos;
 Por todas partes destrucción y ruina
 Por todas partes llanto, sangre y fuego.

En medio de esta escena horripilante
 Y sobre una azotea empavesada
 Con esteras y mantas de colores,
 Hernán Cortés contempla taciturno
 De la ciudad las abrasadas ruinas,
 Tal vez horrorizado de su obra.

Alvarado y Holguín llegan trayendo
 Prisionero al gran rey de los aztecas,
 Se levanta Cortés, le da un abrazo
 Como el beso que Judas le dió a Cristo,
 Y entonces de los ojos del monarca
 Rueda una ardiente lágrima de ira,
 Y tocando el puñal que en la cintura
 Llevaba el español, llorando exclama:
 ¡"Ah! Malintzini! arráncame la vida
 Que de nada le sirve ya a mi pueblo"
 Y era verdad, con Cuauhtémoc acaba

La libertad de un pueblo poderoso,
 Y con ella sus leyes, sus creencias,
 Su civilización y hasta su idioma.
 Crimen será del tiempo y no de España;
 Pero es nefando y horroroso crimen
 Robar a una nación hasta su nombre
 Con el derecho sólo del más fuerte.

IV

¡Ay! Todo se acabó, todo, el Teocalí
 Vino a ser sustituido por el templo,
 Y en el ara sagrada de Mexitli
 Se colocó una imagen de María.

Al idioma que habló Netzahualcoyotl
 Sustituyó el idioma de Cervantes,
 Muy sonoro en verdad y muy valiente;
 Pero nunca tan rítmico y tan dulce.

A los mantos de telas de colores
 Sucieron las capas y tabardos,
 Al penacho de plumas, la celada,
 Y al lujo y esplendor de Moctezuma
 Sucedió la abyección y la miseria:
 En cuanto a ley, la ley era tan sólo
 El capricho del rey y los virreyes.

La mano innovadora de los tiempos
 Cambió la faz de Anáhuac de tal modo

Que de él quedó tan solo la memoria.
 Así acaba la vida de los pueblos:
 Así mueren su gloria y su grandeza.